

púsculo. Unas ténues ráfagas de viento que en aquel momento surcaban el espacio, hacían muy agradable la temperatura que no tardaría en tornarse ardiente e insoportable.

Hallábase el capitán, al parecer, distraído y como pensando en algo que le inquietaba, cuando vino a sacarle de sus fléviles pensamientos, la voz melodiosa y argentina de la adorable dama que sonando a su oído, cual rumor arpegístico del arroyuelo que serpentea en la campiña, le preguntó:

—¿Federico, qué te sucede para llevar esa tristeza impresa en el rostro; acaso te ha ocurrido alguna desgracia; es que estás disgustado conmigo por mi insistencia en asistir a esta tan admirable como arriesgada empresa?

—No, no me sucede nada, pues qué quieres que me suceda si estoy, aunque a ti no te parezca, alegre; si mi corazón inundado de leticia contempla este espectáculo maravilloso en que vemos alzarse el sol tan majestuosamente y lanzar los rayos, que de su seno emana hacia esta arenilla, cual si quisieran penetrar hasta el corazón de la tierra. Además, cómo me iba a parecer mal que tú nos acompañaras cuando eres la única ilusión de mi vida, la que embarga por entero todo mi ser.

Y como para ratificar estas palabras saliera de su pecho como tan forzada sonrisa, no pudo menos de comprender su nia en su alma.

—Ahora es cuando estoy convencida, Federico, de que tú padeces, de que tu corazón late a efectos de alguna causa interna que no conozco; quién sabe si pensando en nuestra bella Corte, echas de menos sus diversiones; quién sabe, si divaga tu mente sobre los sinsabores que esta excursión pueda producirte.

Y con la angustia pintada en su rostro virginal añadió:

—Quizá en otra mujer que no sea yo; quién sabe si en estos momentos te olvidas de mí, de nuestro amor, quién sabe...

No pudo continuar la frase pues Federico, con los ojos centelleantes, la sujetó fuertemente por la muñeca y con voz temblorosa, ya por la ira, o ya por la desesperación que le produjeran las anteriores palabras, contestó:

—¡Por qué hablas así, no ves que me laceras el corazón, que me destrozas el alma! Mi amor hacia ti siempre fué noble; pues si te adoro, es porque eres un ángel, porque me subyugaste con tus divinas formas, con tus hermosas facciones, con esos negros y expresivos ojos que, al mirarlos, me embriagan en un amor santo, ideal, haciendo de mí el más sumiso esclavo. Por eso, porque te quiero sufrir y por no saber si me correspondes.

—¡Oh! no hables así que me mortificas.

—Si así hablo, es porque te veo conversar con ese hombre tan familiarmente;

con ese hombre que es, a la vez, mi amigo y mi enemigo; que es mi continuo azote, pues exaltando mis nervios, enardece más y más mi pasión hacia ti; y en la incertidumbre, en la duda de no saber a cual de los dos prefieres, no se si matarme yo o matarle a él. Mi sufrimiento es grande, siempre ignoré lo que eran celos pero hoy, no siento otra cosa, si, deben ser, son celos que roen mi ser y terminan con mi existencia.

Entonces sucedió que toda la reconcentrada ira que aquel hombre tenía, fué reblandeciéndose, poco a poco, a causa de unas lágrimas de dolor que de los divinos ojos de su compañera brotaban, asemejándose a las perlas, lágrimas que hacían resaltar mucho más, la beldad de aquella graciosa y adorable joven, de aquella joven, que con la angustia pintada en sus coralinos labios, nada se atrevió a contestar.

Y en esta textura, después de una breve pausa, en que los dos mutuamente se

## A Cristo Crucificado

No me mueve, mi Dios, para quererte el cielo que me tienes prometido, ni me mueve el infierno tan temido para dejar por eso de ofenderte.

Tú me mueves, mi Dios: muéveme el verte clavado en esa Cruz y escarnecido; muéveme las angustias de tu muerte;

muéveme, en fin, tu amor de tal manera, que, aunque no hubiera cielo, yo te amara, y aunque no hubiera infierno, te temiera.

No me tienes que dar porque te quiera: porque, si cuanto espero no esperara, lo mismo que te quiero te quisiera.

SANTA TERESA DE JESÚS.

estuvieron contemplando, habló él de la siguiente forma:

—Sí, tienes razón, tus ojos me dicen que no le amas, que no puedes amarle, comprendo que he sido un ingrato al pensar eso de ti, pero tú me perdonas, no es verdad que me perdonas...

Y con apasionamiento creciente añadió: —¡Oh! qué felices seremos cuando lleguemos al término de nuestro viaje. ¿No es verdad?

—Muy felices, pero sin ese hombre a quien odio más, mucho más que tú.

—Lo creo porque salen de tus labios esas palabras dictadas por tu corazón sencillo y puro, cual sencillo y puro pueda ser el de una virgen.

Y así, ya reconciliados y en tan dulce coloquio de amor la pareja caminaba y caminaba sin que, al parecer, produjera impresión alguna el sol que, con sus rayos, fatigaba y abrasaba sus cuerpos.

### II

Tres días llevaban caminando por el

desierto los susodichos excursionistas, y por fin, al amanecer del cuarto, divisaron a lo lejos un pequeño grupo de palmeras; la joven con la alegría pintada en toda su persona, preguntó al guía:

—¿Es ese el oasis de Tuat del que tanto nos has hablado estos días?

—Sí, señorita, ese es el oasis que nunca le falta agua y que deleita a los que el desierto atraviesan, con sus exquisitos dátiles que son los mejores de toda la Berberia; milagro será que no haya alguien en él, pues por ahí pasan todas las caravanas que van hacia donde nosotros y que...

No pudo terminar su relato pues la joven, con la frivolidad y ligereza que la caracterizaban, aflojó la brida de su pequeña cabalgadura y partió, con la velocidad del rayo, camino del oasis seguida siempre de Federico que no se separaba de ella ni a sol ni a sombra.

Ya estaban reunidos todos los individuos que componían la caravana, ya estaban allí en aquel paraje delicioso donde podían descansar a la sombra de aquellas palmeras, de aquellas palmeras que lo hacían cien veces más agradable, después de las fatigas de los días anteriores. Se notaba allí una amenidad y una alegría que embriagaba; ora los pájaros con sus gorjeos que revoloteaban por encima de las palmeras; ora las ráfagas de viento que, moviendo los ojos, producían un murmullo suave y agradable; ora el rumoroso arroyuelo que, teniendo allí sus fuentes, desaguaba en el majestuoso caudal del Nilo; ya la sonrisa y el charlar de la joven dama que, con sus bromas y chirigotas, animaba a los demás; todo, en fin, hacía sonreír en medio de la monotonía y aridez del desierto.

Ya tocaba el sol a su ocaso. Un airecillo ténue venía con la noche; la luna aparecía ya en las alturas celestes iluminando a nuestros personajes; ya no había la algazara de por la tarde, con la noche llegó el silencio, ¿dormían todos? no, pero sí la mayor parte.

Ella en una hamaca dormía, quizá soñando alguna cosa agradable; en sus labios se esbozaba una ligera sonrisa; Federico mientras tanto, con la cabeza baja, meditaba a su lado sentado sobre una arenosa piedra y con el fusil entre sus rodillas velaba su sueño, ¿temía algo? quién sabe, lo cierto es, que en toda la noche pudo dormir.

### III

Hasta ahora en nuestro relato, querido lector, no hemos hablado para nada de Guillermo, (que así se llamaba el almirante) o sea, uno de los que formaban parte de la excursión; pues bien, ahora vamos a empezar a conocerlo.

Mientras que la joven duerme y Federico vela su sueño, en un lado de los más apartados del oasis y en la penumbra de